

serie
El gallo pelón

12
años

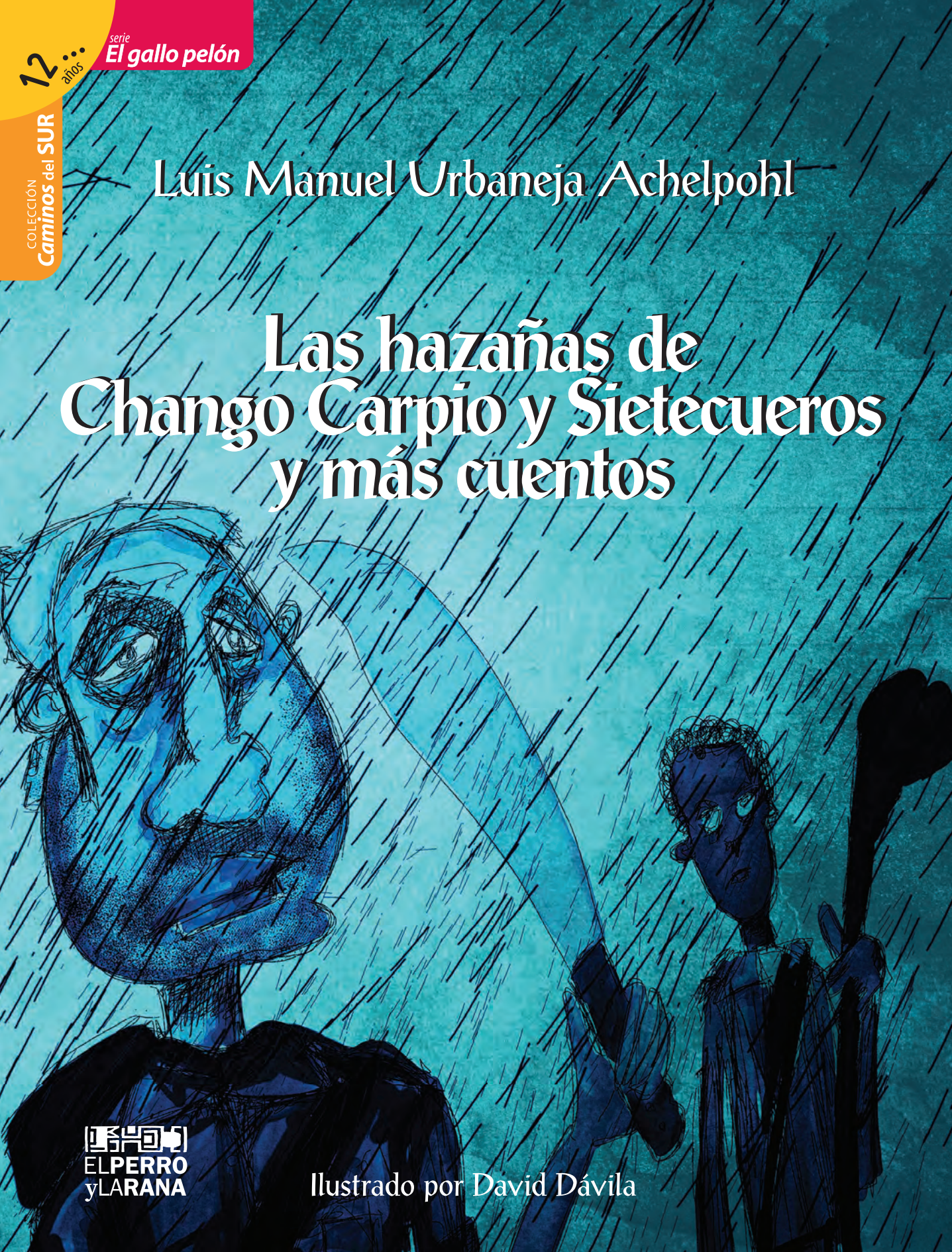
COLECCIÓN
Caminos del SUR

Luis Manuel Urbaneja Achelpohl

Las hazañas de Chango Carpio y Sietecueros y más cuentos


**EL PERRO
y LARANA**

Ilustrado por David Dávila





Las hazañas de Chango Carpio y Sietecueros y más cuentos

- 1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
2.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019
1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

© Luis Manuel Urbaneja Achelpohl
© Fundación Editorial El **perro** y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Ilustraciones

© David Dávila

Edición

Edgar Abreu

Corrección

Vanessa Chapman

Diagramación

Joyce Ortiz

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-3312-5
Depósito legal: DC2019001371

Urbaneja Achelpohl, Luis Manuel, 1873-1937.
Las hazañas de Chango Carpio y Sietecueros y más cuentos /
Luis Manuel Urbaneja Achelpohl; ilustrado por David Dávila.
--1ª ed. --Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2019.
74 p. --(Colección Caminos del Sur. Serie Gallo Pelón)

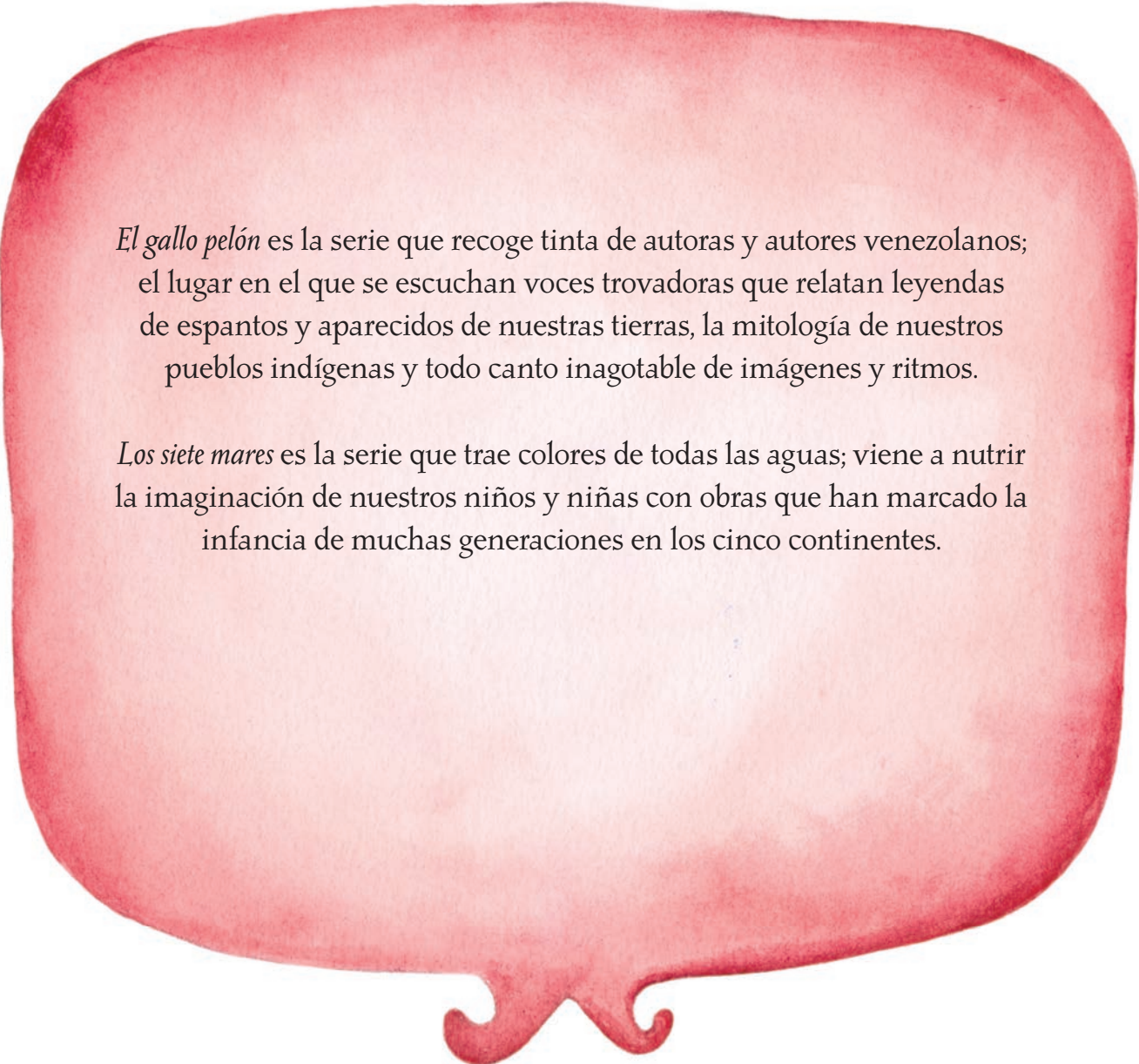
ISBN 9789801433125
DL DC2019001371

I. Dávila, David, 1976- , il. II. Título. III. Serie.

028.535
U72

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.



El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

Luis Manuel Urbaneja Achelpohl

**Las hazañas de
Chango Carpio y Sietecueros
y más cuentos**

Ilustrado por David Dávila







Ovejón

Y en las bocacalles, sobre el camino real, se aglomeraban grupos de curiosos que alarmados repetían:

—¡Ovejón! ¡Ovejón!...

Sin embargo, en la carretera no se distinguía nada, sino el sol aragüeño dorando la polvareda.

Nadie lo había visto, pero la gente armada que en su seguimiento venía desde Zuata, atropellando el sendero, así lo aseguraba. Ellos dieron la voz de alarma. Tal huésped no era para dormir con las puertas de par en par, según la vieja costumbre de los vecinos, quién sabe si obligados por el cultivo que constituía una de las fuentes de su prosperidad: el ajo, el ajo que por cuentas de ristras, como blancas y nudosas crinejas, colgaban en todas las ahumadas vigas de las cocinas, en las madrinas de los corredores, en las salas y aun en la misma sacristía de la vieja iglesia, por los grandes días de la cosecha, en aquel risueño poblado, el más alto orgullo de la feraz comarca.

Ovejón, como de costumbre, había desaparecido a la vista de sus perseguidores en el momento trágico cuando bien apuntado lo tenían y con solo tirar del gatillo de las carabinas hubiese rodado hecho un manare el ancho pecho.

Pero el bandido se extendió ante ellos como una niebla cegadora y escapó. Ovejón. Ovejón sabía muchas oraciones.

Los grupos de curiosos se desperdigaban, volvían a sus casas comentando lo ocurrido: aquello era lo de siempre, carreras y sustos y Ovejón haciendo de las suyas. A aquellas horas, cuán lejos estaría de los alrededores...

Con una suave tonalidad de violetas, en el vasto cielo se iniciaba el crepúsculo, un crepúsculo de seda. En las colinas desnudas de altos montes se tendía un verde como nuevo y lozano, un verde de primavera, y en las crestas montañosas, un oscuro verde intenso, como el perenne de los matapalos laureles. Casi blanca, cual una flor de urape, la estrella de los luengos atardeceres, en el poniente, en apariencia fija y silenciosa, prestaba al ambiente una dulcedumbre pastoril. Todo en la campiña era grave y apacible. Sobre la alta flecha de la iglesia se espolvoreaba una rubia mancha de luz. En el paso del río, en medio de los cañamargales, el agua se deslizaba, clara, limpia, con un grato rumoreo, y en medio de las cañas y malezas brillaban destellos de sol azulosos y anaranjados.

Un mendigo sucio y roto, abofallado el rostro, los labios gruesos y la piel cetrina llena de nudos y pústulas, penosamente arrastraba un pie descomunal, hinchado, deforme, donde los dedos erectos semejaban pequeños cuernos bajo una piel agrietada y escamosa. Un destello de sol violáceo y fulgente envolvía al mendigo, quien hacía por esguazar el río saltando sobre chatas piedras verdosas y lucientes por la babosidad del limo. A lo lejos un manchón de bora, cual una

diminuta isla anclada en medio de la corriente, se mecía y el nenúfar de los ríos criollos comenzaba a entreabrir sus anchos cálices sobre las aguas tibias. De cuando en cuando, desde una caña cimbreante, el martín pescador se dejaba caer como una flor de oro al agua, y alzaba de nuevo revoloteando entre sus gritos secos.

El mendigo se apoyaba en una vara alta y su burda alforja limosnera le colgaba a un lado, escuálida, sin que en ella siquiera se dibujara el disco abultado y duro de una arepa aragüeña, dorada al rescoldo.

Avanzaba el mendigo y la luz fuerte y violácea hería sus ojos opacos, en tanto que tanteaba con la vara la firmeza de los pedruscos y alargaba con precaución su pie deforme. La babaza era traidora y la luz cegaba, y el mendigo cayó de bruces contra las piedras y la estacada, que cual una triple hilera de dientes enjuncados resguardaba de los embates de las crecientes a aquellas pródigas tierras de sembrar, famosas ya mucho antes que un sabio alemán las apellidara jardín.

A los ayes lastimeros del mendigo, surgió un hombre apartando la maleza. Era de mediana estatura y sus ojos fulguraban. Su mirar era inquieto, pero en las líneas duras de su boca vagaba a veces una sonrisa bonachona y mansa.

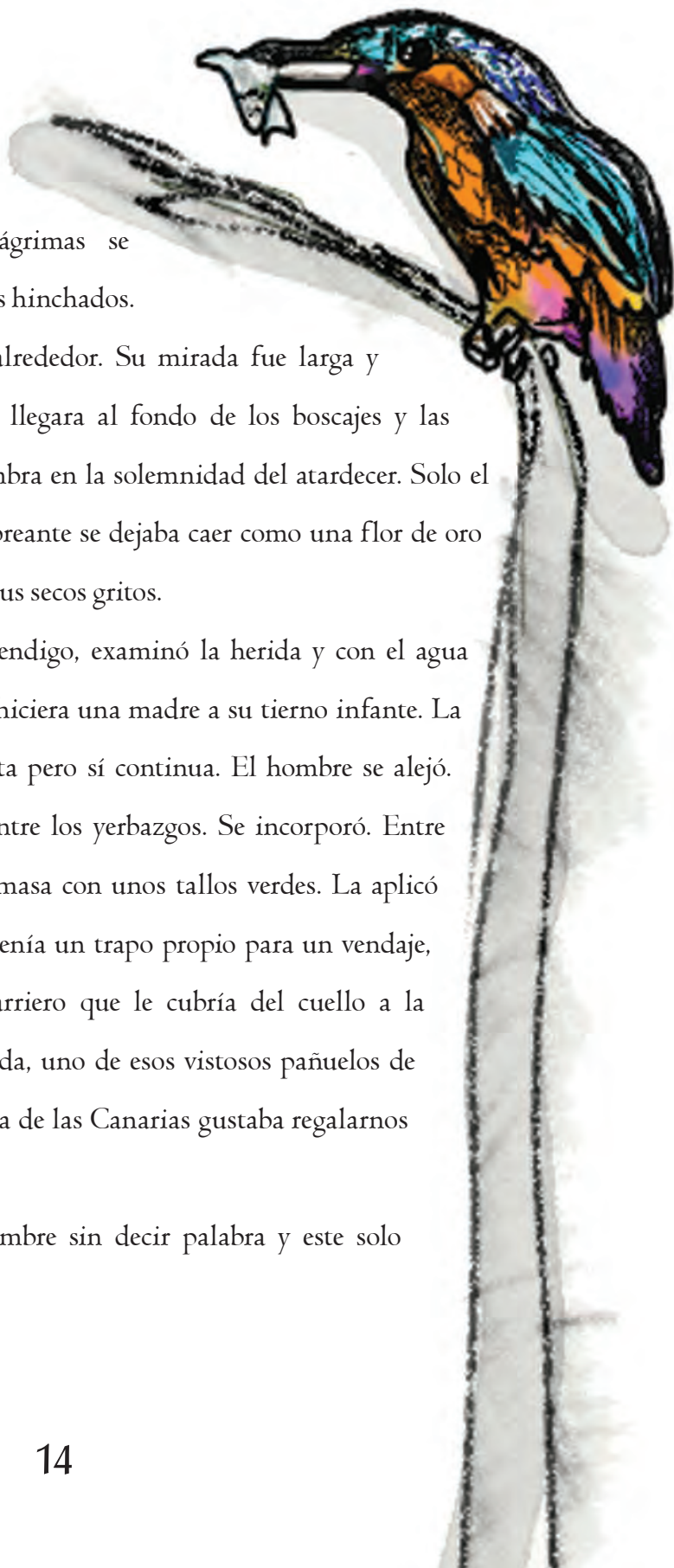
El hombre se lanzó al río y como si el mendigo fuese un niño, lo tomó por debajo de los brazos y sacó con gran suavidad al talud. El mendigo era todo ayes y lamentos. Su carne podrida magullada, no había cómo tocarla. El tobillo deforme sangraba. Un ñaragato con sus curvas y recias espinas rasgaba profundamente

aquellas carnes fofas. Gruesas lágrimas se abotonaban al borde de sus párpados hinchados.

El hombre levantó los ojos alrededor. Su mirada fue larga y honda, como una requisitoria que llegara al fondo de los boscajes y las malezas. Y todo era calma y penumbra en la solemnidad del atardecer. Solo el martín pescador desde la caña cimbreada se dejaba caer como una flor de oro al agua y alzaba revoloteando entre sus secos gritos.

El hombre se aproximó al mendigo, examinó la herida y con el agua del río comenzó a lavarla, como lo hiciera una madre a su tierno infante. La sangre no se detenía, no era violenta pero sí continua. El hombre se alejó. Inclinado sobre la tierra buscaba entre los yerbazgos. Se incorporó. Entre sus dedos fuertes tenía hecha una masa con unos tallos verdes. La aplicó a la herida y como el mendigo no tenía un trapo propio para un vendaje, desabrochó la amplia camisa de arriero que le cubría del cuello a la pantorrilla y sacó un pañuelo de seda, uno de esos vistosos pañuelos de pura seda con que la gente que venía de las Canarias gustaba regalarnos en su comercio de contrabando.

El mendigo veía hacer al hombre sin decir palabra y este solo atendía a la herida.



Cuando la sangre se detuvo, el hombre aplicó el vendaje. Ni la más ligera sombra roja teñía la albura de la seda. Una sonrisa de satisfacción apuntó a los labios del hombre.

El mendigo murmuraba:

—¡Gracias!... Estoy curado.

El hombre:

—No tengas miedo. El cosepellejos cerrará tu herida.

El mendigo hacía por levantarse. El hombre le tendió la mano cordialmente y lo levantó. Sus ropas estaban empapadas, adheridas al cuerpo. El hombre se deshizo de su camisola de arriero y se la obsequió.

El mendigo le miraba admirado; bajo la burda camisa el hombre llevaba encima un terno fino de blanco hilo. Y mientras este le ayudaba a cubrirse con la camisola, le examinaba atento. Un detalle se fijó en su mente: los ojos eran brillantes, muy brillantes, y el pelo crespo y amelcochado.

El hombre, al ponerle en sus manos la vara en que se apoyaba, recogió del suelo la alforja limosnera y viendo que esta se hallaba vacía, desabrochó la ancha faja de la que pendía un puñal y un revólver de grueso calibre, y de ella extrajo, una tras otra, muchas bambas, y como en ellas viniera un venezolano de oro, lo miró un instante y echó todo en la alforja y dijo:

—Para ti debe ser, porque por su boca salió.

El mendigo quiso besarle las manos. Era aquello un tesoro con que no había soñado nunca. Le daba las gracias y le bendecía. Caminaba tras él con la boca rebosando gratitud. El hombre se volvió y dijo:

—Hoy por ti, mañana por mí.

El sol ya no molestaba los ojos del mendigo. El poblado no estaba distante. Aún brillaba una dulce claridad en aquel largo atardecer de otoño y echó a andar alegremente sin cuidarse de su pie deforme. Venus ya no era una nítida flor de urape, sino un venezolano de oro en la gloria sedosa del crepúsculo.

Aún el farolero no se había entregado a su habitual tarea. Su escalera se hallaba arrimada a la pared bajo el farol por el cual comenzaba siempre. Adentro, en la pulpería, en un vaciar de tragos comentaba junto con otros la última hazaña de Ovejón: que en Zuata robara a un hacendado y matara un hombre a puñaladas.

A la puerta de la pulpería asomó la faz abofallada, llena de nudos y pústulas, el mendigo. Ante su pie deforme todos callaron, esperando oír su voz plañidera implorando la caridad, en tanto que su mano escuálida alargara el sombrero sucio y deshilachado para recoger la dádiva. Pero el mendigo se llegó hasta el mostrador y pidió un trago. Bajo la lengua camisa sentía la humedad de sus ropas y tenía hambre y frío. Bebió la caña vieja y paciente se dio a masticar el pan duro de la mendicidad.

Los otros sin verle prosiguieron su charla. Dijo el farolero:

—De que tiene oraciones, las tiene.

Un negro emburrador de caña en una hacienda vecina, pringoso y oliente a melaza, afirmó:

—Lo que tiene es un escapulario ensalmado. Mientras lo lleve encima, nunca le pegará la bala.

El pulpero descreído:

—Lo que tiene son alcahuetes, ¡a que si le espanto un tiro con mi morocha se le acaba la gracia!

Un mocetón aindiado:

—Yo quisiera conocer a Ovejón por ganarme los quinientos pesos. Quinientos pesos dan a quien le coja vivo o muerto.

El negro pringoso:

—Es muy fácil. Es un catire de buen tamaño, con los ojos como dos monedas y el pelo como una melcocha bien batida. Anda, ve a buscarle al monte. Cuando le traigas, me brindarás el trago.

El farolero:

—Ese trago ya me lo estoy bebiendo. No hay mejor aguardiente como el de los velorios.

El mendigo hacía por ablandar entre su boca el ribete de una torta de casabe e interiormente pensaba: “El hombre del río, el hombre del río es Ovejón. Quinientos pesos a quien le entregue vivo o muerto. El brujo. Ovejón, quien tiene el alma vendida. Si le entregara no pediría más. No me arrastraría por los



caminos. Me curaría mi pierna. ¡Quinientos pesos...! Con dinero, los médicos me sanarían”. El mendigo metió la mano en su alforja en busca de otro pedazo de casabe y sus dedos tropezaron con las monedas. Allí estaba el venezolano de oro. Volvió a pensar: “Ovejón debe tener muchos como este. No tiene grima en dar. Es un buen corazón, ¿y por qué robará? Es caritativo. Estos, los que aquí están, me tienen asco, no me hubieran lavado el pie. ¿Por qué inspiré lástima a ese, quien mata y roba en los caminos?”. Y recordó sus ojos y sus cabellos amelcochados, su boca dura y su mansa sonrisa.

En la calle se sintió el paso largo de una cabalgadura. El mendigo se volvió para ver.

En un caballo moro iba un hombre de altas botas jacobinas, con una cobija de pellón en el pico de la silla. Al pasar frente a la pulpería marchaba a todo andar. El hombre del caballo volvió la faz y los ojos del mendigo se encontraron con los del jinete. La boca de aquel se abrió alargada, pero se cerró enseguida.

El pulpero sacó la cabeza para ver. El del caballo iba lejos. El pulpero observó:

—Buena bestia.

El mendigo, interiormente: “Es él, Ovejón; le vi los ojos, lucían como dos monedas, como dos puñales”.

El farolero:

—Voy a encender el farol.

El negro pringoso, mechificando al indio:

—¿Por qué no te has ido en busca de Ovejón? Cuidado si esta noche lo tropiezas metido en tu chinchorro. Anda por el pueblo. Esta noche es de patrulla. Cuidado con Ovejón.

El mendigo, para sí: “Era él. Va huyendo. Mató a uno. Robó a otro. ¿A quién mataría? ¿A quién robaría?”.

Por el camino se acercaban cuatro hombres corriendo. Venían armados. Entraron de sopetón en la pulpería:

—¿No le han visto pasar?

El pulpero:

—¿A quién? ¿A quién?

—¡A Ovejón! ¡A Ovejón!

Los hombres:

—Se ha robado la yegua mora. ¡La montura y las botas del General!

Todos escandalizados:

—¡La yegua mora, la montura y las botas del General!...

Los hombres:

—¿No le han visto pasar?



El pulpero:

—Uno pasó.

Los hombres:

—¿En la yegua mora?

El pulpero, volviéndose al mendigo:

—Mira, tú, que te pusiste a mirar, ¿era una yegua mora?

El mendigo:

—No la vi.

El pulpero:

—Suelten a la potranca. Ella buscará el rumbo de la madre.

El indio:

—Suelten a la potranca y los quinientos pesos serán nuestros.

El mendigo se escurrió como una sombra. A lo largo de la calle se alejaba renqueando. El farolero encendía los mecheros. La gente armada soltaba a la potranca y corría tras ella. El mendigo había dejado atrás la última casa del poblado y se perdía en la carretera. Se detuvo en un recodo. Era aquel un paso estrecho y peligroso. Se agazapó contra el talud.

Pronto sintió el correr menudo de la potranca. Era una potranca nuevecita. A lo lejos se oía el griterío de los hombres, quienes venían reclutando voluntarios. El trote se hizo más cercano. La potranca estaba allí en el recodo. El mendigo alzó su palo con ambas manos y lo descargó con fuerza sobre la cabeza

del animal. La potranca se detuvo aturdida. Otro golpe la hizo precipitar al barranco. El mendigo ganó los sombríos cafetales, e interiormente murmuraba: "Hoy por ti, mañana por mí".

Y Venus, en el ocaso, resplandecía como

un venezolano de oro.









Cascos de Oro

La ciudad la dejó muy atrás con sus torres y sus techumbres rojas y su tropa gentil de facistoleros, por quienes suspiran, queriendo salvar la balaustrada de las toscas ventanas, las hermosas muchachas orgullo de ese terrón de mis amores.

Ya voy lejos. Cabalgo en el viejo “Cascos de Oro”, seco de remos, pobre de carnes, pero con unos ojazos, señor, tan abismáticos que a veces me dan miedo, pues temo reviente a hablar como el pollino de la Santa Biblia.

Cabalgo al través de la sierra, metido en mi saco de cobija, recibiendo en el rostro el aire puro de las montañas. ¡Qué bien se está aquí, lejos de todo lo pequeño, de todo lo humano, a solas con la gran madre naturaleza!

Bien hace Cascos de Oro en dar de corcoveos cuando le impulsan a ganar la carretera en la llanada. Este viejo caballo, nacido en la montaña, que jamás se deja seducir por la llanura, donde crece abundante el gamelote y saltan a su gusto las potrancas, demuestra conocer, mejor que muchos hombres, que la mayor de las dichas consiste en no abandonar sus correderos, sus deshechos y cañadas, donde siempre encuentra su hambre pastos frescos y aguas claras.

Y eso no lo aprendió así, así, mi Cascos de Oro, ni mucho menos en los libros, sino a fuerza de palos y maltratos, a fuerza de dolor, que es como se llega a atrapar sabiduría.



¡Qué de aventuras en la historia de su vida! Recuerda que en su edad de bríos, muy tierno aún para la silla, cuando pajarero amugaba las orejas y se iba de lado huyendo de su sombra, fue sorprendido en su abundante comedero por unos cuantos hombres, los cuales hacía días cruzaban las montañas, escondiéndose al más leve ruido detrás de los troncos y mogotes. Pero en aquella ocasión se llegaron hasta él, y echándole un bozal se lo llevaron por el mundo sin valerle saltos y corcovas; sin pedir permiso a su dueño, un pobre hombre, de quien era el único tesoro y el orgullo de sus días festivos; cosas que él recuerda por la tanda de palos que le daban.

¡Cuántas cosas vio en ese entonces Cascos de Oro! La llanura sin límites, en su inmensa soledad, las anchas carreteras que cual rojizas cintas se perdían culebreando por las abruptas sierras, pueblos y ciudades, triunfos y derrotas, pero siempre caminando, día tras día de fatigosas y complicadas marchas. Y él no se rendía; sus cascos eran de hierro, no de oro, según el decir de su jinete, un hombrazo de doscientas libras, aindiado, con una cara donde siempre se estaban retozando las ganas de apalear y a quien todos llamaban “general, mi general”.

Entre todos los ratos amargos de su vida, el peor de todos fue su estreno como corcel de guerra. Su general o el general que comandaba las guerrillas, ocupando con sus tropas unos cerritos, a otras guerrillas, con otro general, a gritos desafiaba. De los gritos e injurias pasaron a las balas y todo fue entonces un continuo tronar: las



balas buscaban a los hombres como pegones enconados abacoran al incauto que se acerca a su panal; y todo eso, entre los lamentos y las súplicas de aquellos a quienes el destino había señalado para víctimas del sangriento combate de Las Cumbres, como lo denominaron los que en aquella ocasión salvaron el pellejo.

De allí, saliendo ileso en toda una tarde de combate, donde sus cascos y su vientre se empaparon en sangre, fue a parar muy lejos, tanto que no creyó jamás volver a sus deshechos y cañadas.

Sin fuerzas, doloridos los cascos, malcomido, llevando en el lomo a su jinete, paseó mi Cascos de Oro de cabo a rabo por la República; hasta que gracias a lo débil de sus remos fue abandonado por inútil, en unos cerros tan ásperos y empinados como escasos de pasto; y en los que pronto los zamuros y oripopos hubieran estado de festín si un desertor no lo llevara camino de las nativas sierras.


Con las cosas que vio, bien pudiera Cascos de Oro, si fuera un potro letrado, como muchos que andan por el mundo coleando la fama, hacer un libro interesante, capaz de producir ganancias, dejando siempre un saldo en favor de su editor. Pero su hondo padecer, su íntimo conocimiento de la vida, quién sabe si lo hicieron tan escéptico cuanto puede ser un potro que ni en sueños conoce a Schopenhauer; pero como la ciencia no solo está en los libros, sino en los tropezones diarios de la vida, y él a fuerza de tantos quedó despeado, nada tiene

de extraño que fuera el tipo perfecto de empecinado escéptico, de esos que viven paladeando cancerados dolores; sondeando lo pasado, lo presente y lo futuro.

Cosa rara, cuando las brisas siempre gratas de la tierra le acariciaban la crin y sus pulmones se llenaban de aquel aire bienhechor, como apesadumbrado tomaba los deshechos donde meses atrás soltaba voluntario su suave pasitrote. Al llegar a una hondonada, se detuvo o lo detuvo el desertor, ahora su jinete, delante de un rancho, donde bajo el umbral, en la lumbre, una mujer sucia, harapienta, a quien se abrazaba la miseria como se abrazan en la selva los frondosos matapalos a los árboles que en el combate por la vida no llegan a poner su copa al sol. Acongojada, secaba el río de su llanto con la manga de algo que en otro tiempo fue una cota de colores vivos. ¡Quién sabe si con ella sedujo al padre de los hijos, que ahora se agarran de sus faldas y lloriquean porque la ven llorar! Ella no se atrevió a preguntar. El desertor, aunque montuno, buscaba hacerle menos daño y le decía: “Quedó allá abajo, no llores, mujer, otros han muerto, no te aflijas, que al de la señora Gumer se lo fusilaron”.

Si Cascos de Oro hubiese venido al mundo en aquella edad dichosa en la cual los animales charlaban con los hombres y los dioses, de seguro que en aquella ocasión se hubiera declarado socialista o nihilista feroz.

Cuando se vio a las puertas del rancho de su dueño, bien escondido en la montaña, con toda la expresión de que puede ser capaz un joven potro de



experiencia, envolvió en un mirar de sus ojazos, desde lo alto de la sierra, el horizonte sin fin de la llanura, que allá abajo se extendía como un mar de verdes ondas. Y desde entonces, solo obedeciendo al chaparro y a la espuela, baja remolón, allí donde crece abundante el gamelote y saltan a su gusto las potrancas.

Sigamos adelante, Cascos de Oro, dejemos que cronistas imparciales se ocupen de relatar tu vida y aventuras; que tu historia, siendo de caballo, es igual con pocas diferencias a la de todo buen venezolano. Arrastrado por la fuerza te impulsaron a bajar a la llanura, como a los otros por la fuerza se los llevan a la muerte...

Como en este mundo nuevo es muy difícil saber quiénes son nuestros abuelos, voy a dejar anotado, para que tus historiadores no se tomen el trabajo de irlos a buscar a “las Españas”, ni hacerte sobrino de aquel famoso con que Antarganó la mano y amor de la preciosa Alba, que tu abuelo es aquel que se encuentra en el escudo nacional, orgullo de esta raza de Juan Bimbas, suelta la crin, la nariz al viento, simbolizando la Libertad, que huye a escape en la llanura.

Otro detalle, característico de tu noble estirpe, es que tú, como tu abuelo el del escudo, en la pata derecha delantera, tienes una goma tamaña, por la cual tú, como él, cojeas...

Caracas, 1.º de mayo de 1900







Las hazañas de Chango Carpio y Sietecueros

La noche y para más una lluvia menuda y copiosa los habían sorprendido en el camino. A cada instante caían de un fangal en otro, pero los dos hombres llevaban con paciencia, sin proferir una queja, los rigores del tiempo y el mal estado del camino. Así marchaban en medio de la más completa oscuridad, cuando uno de ellos, que se había metido hasta las rodillas en un barrial, dijo:

—Chango, bueno es que nos amparemos en cualquier parte, aunque sea bajo una mata, porque así no adelantaremos nada en toda la santa noche.

—Sietecueros —respondió el otro—, para llevar agua como loro en estaca, mejor es aguantarla caminando; por lo menos se tiene el cuerpo en calor.

Y diciendo esto, Chango cayó de bruces, cuan largo era, en la mitad del camino. Se había metido en un charco profundo, uno de esos hoyos pestilentes que por falta de profundos y espaciosos desagües se forman poniendo en peligro a diario la vida de los viajeros, destrozando los carros, marcando el bestiaje y sobre todo engendrando el paludismo.

Hecho una furia, se enderezó Chango, y sin dejar de patear en el fangal con riesgo de volver a caer, exclamó, con todo el encono y odio que le cabían en el cuerpo:

—¡Maldita sea mi estampa!

—La del Gobierno, Chango —observó Sietecueros.

—La del aguacero —repuso el aludido—, pues si no lloviera, no se pondría así el camino.

Y los dos hombres dando tumbos prosiguieron su camino en medio de la oscuridad y bajo la lluvia menuda y constante.

No habían andado una milla cuando sintieron un patalear de ganado y como a duras penas el uno al otro se distinguían, se detuvieron a ver qué dirección traía aquel ruido. Mas estaba tan cerca de ellos que, volviéndose a un lado, dieron con un corral de palo a pique, donde las reses para desentumecerse se propinaban sendos toptonazos y cornadas.

—Esto me huele a gente —exclamó Chango.

—Sí, estamos en El Paradero, vale. Todavía tenemos mucho que andar.

—Bueno, pero aquí echaremos una paradita, para no perder la mañana.

Y encaminándose a la pulpería, fueron a sentarse en un pretil del soportal.

Aunque estaban llenos de barro, por los costurones y lepras de sus piernas, por el color verdoso de la piel, por los trapajos que cubrían a medias sus carnes enflaquecidas, se veía a las claras que aquellos hombres debían de ser algunos retirados o desertores de las tropas que acaban de hacer su entrada triunfal a la capital.

Y efectivamente eran soldados retirados camino de sus lares. Sus semblantes aún reflejaban el asombro de las batallas. En sus pupilas prontas a dilatarse se leía el estado morbosos de sus ánimos, las sacudidas violentas, la animalidad y salvajismo en que durante largos meses habían vivido. Además, sus moteles de cuartel lo pregonaban: Chango, Sietecueros, no habían podido salir sino de la vida brutal de la compañía, donde el instinto suple la inteligencia.

Chango era un catire tosco, cariampollar, con belfo grueso y ojos hundidos en medio de una nariz achatada y roma. Su nombre de pila era el de Carpio, según constaba en su boleta de retiro, pero que a él le causaba ya extrañeza, tan hecho estaba a ser llamado Chango.

Sietecueros era un barbilampiño, moreno bronceado, no mal parecido, pero su piel adiposa con señales de ganglios infartados parecía ser más resistente que la de cualquier otro mortal, de donde provino el darle seis pellejas de más.

Arrimado el uno al otro en el pretil, cubríanse lo mejor que podían en sus miserables cobijas de soldado. Los dos camaradas guardaban el más profundo silencio, como que si trataran de conciliar el sueño. Así permanecieron algún tiempo hasta que Sietecueros, bostezando, dijo:

—Ahorita abren la pulpería y no tenemos con qué tomar un trago.

—Ni hay quien nos brinde ni quien nos fíe —contestó Chango.

Y volvieron a guardar silencio, arrimado el uno al otro, como si durmieran, hasta que Sietecueros, poniéndose en pie y examinando el cielo, exclamó:

—¡Ya va a aclarar!

—Con eso seguiremos nuestro camino a ver qué se presenta más adelante

—respondió Chango.

Pero Sietecueros, sin prestar atención a su compañero, con sus ojos movibles escudriñaba los contornos. En esto cantó un gallo, al que respondió otro y tras este comenzó el monótono menudeo de costumbre de los gallináceos. Sietecueros con aquel saludo matutino de las aves se volvió hacia Chango y, mirándole picarescamente, con la sonrisa en los labios, le dijo:

—El primero que rompió los fuegos fue un pataruco, que está allí —y extendía la mano en dirección a un grupo de árboles.

—Ese debe ser el patio de algún rancho —le observó Chango.

—Ya lo creo —contestó con sorna Sietecueros. Y, con pasos de zorra, rápidos y cautelosos, echada la cobija a modo de mantón sobre la cabeza, se dirigió hacia el sitio indicado, ocultándose en breve tras los matorrales. A poco le vio aparecer en el claro del monte; sus pequeños ojos fulguraban, los músculos de su cara mantenían a esta en una mueca desagradable, que de un todo cambiaba sus no despreciables facciones de barbilampiño. Desde el claro comenzó a hacer señas a Chango, quien en el pretil esperaba reposado e indiferente el resultado de la excursión de su amigo. Con las señas de Sietecueros, un ligero estremecimiento

nervioso animó las facciones de Chango. Su ceño se contrajo en gruesas arrugas, sus ojos se hicieron más hondos, su boca tomó tal expresión de dureza como si todos sus dientes calzaran los unos en los otros fuertemente. Energía y fiera era la máscara de aquel semblante que en calma hacía sonreír a causa de su fealdad. Chango no se hizo esperar de su amigo; en pie, dobló su cobija, embrazándola a modo de escudo, en tanto que empuñaba un machete liniero, el cual aunque sin vaina pendía de una correa de cuero sin curtir terciada sobre el pecho. Cuando estuvo al lado de Sietecueros, le preguntó secamente:

—¿Qué hay?

—Nada, sino que como son muchas las gallinas, te llamaba para que las recibas en tanto las cojo.

—¡Gallinas! —exclamó Chango con desprecio—. Yo creí que habías conseguido quien nos diera siquiera café, aunque de mala gana.

Sietecueros, sin dar oídos a la observación del camarada, se encaminó hacia la arboleda, sin dejar de hacer señas a Chango con la mano sacada hacia atrás pero sin volverse para mirarlo. Chango le seguía pausadamente, sin evitar ruido, como si marchara por en medio del camino real. Cuando llegaron a la arboleda, Sietecueros,



desembarazándose de la cobija, se llegó a un árbol y comenzó a subir; en esto, se abrió la puerta de un rancho que sombreaban aquellos árboles y apareció un hombre armado con una escopeta, inspeccionando los árboles. Sietecueros se dejó caer del árbol y al lado de Chango, y se estremeció como presa de violentas convulsiones.

—¿Quién está ahí? —con voz enronquecida preguntó el hombre del rancho apuntando en dirección a los camaradas.

Sietecueros se echó al suelo, pero Chango de un salto cayó sobre el hombre diciéndole:

—¡La revolución! ¡Incorpórate a la gente o te mato!

—¡Chango! ¡Carpio! —gritó Sietecueros creyendo que iba a matar a aquel hombre.

—¡Que te incorpores a la gente! —gritaba Chango—. ¡Entrega las armas!

—General Chango Carpio —balbuceaba el hombre, en tanto que Chango, con la escopeta ya en sus manos, lo echaba por delante, declarándose así cabecilla en virtud del espíritu de revuelta que fermentaba en los subsuelos de la conciencia nacional.

Con el despertar de aquel humilde y aterrorizado, la fama le prestó sus alas de oro a la primera hazaña de Chango Carpio y Sietecueros. Para los contados moradores del desperdigado sitio, aquella madrugada habían tenido la honra de ser visitados, según unos, por una numerosa partida revolucionaria; otros, por un

campo volante del numeroso ejército que atravesaba seguramente sus estratégicas selvas. Para estos eran rojos; para aquellos, azules; para los de más allá, gualdas.

Y la prueba de todo ello era que se habían llevado a Juancho el cestero, el más manso de los hombres, a pesar de ser el único borracho consuetudinario de la localidad, el cual por gustarle mucho la carne de los rabipelados y comadreas pasaba las noches en claro entregado a esta especie de caza, provisto de una escopeta que amarraba siempre a causa de tener sujeto el gatillo a la caja con bejucos y cabullas.

Pero es lo cierto que dado aquel primer paso por Chango Carpio, su espíritu guerrero lo llevó a acometer otras empresas, aunque no contaba con otras armas contundentes, sino con su machete y el garrote de Sietecueros, una nudosa asta, cortada en el camino, la cual gracias a sus muchos nudos ilustraba su dueño con caras de indios, viejos y animales, según se prestaba la materia prima. Tales eran las armas, sin tener en cuenta la escopeta del cestero, falla de gatillo y escasa de pertrechos. Mas como toda aquella revuelta era él, con semejantes elementos engrosó sus filas hasta una docena y algunas mujeres del partido sorprendidas en aventuras en sus salidas nocturnas e inesperadas a los caminos.

Con todo lo cual la fama de Chango Carpio y Sietecueros volaba de loma en loma, de poblado en poblado. Despertaba viejos rencores, alimentaba sueños de gloria entre las gentes jóvenes deseosas de probar suerte en materia de aventuras. En el campo y en la ciudad la leyenda deprisa bordaba impenetrable

velo a la truhanesca epopeya. Chango Carpio era un táctico y sagaz guerrero que surgía de las oscuras masas como un sol. Sietecueros, algo así como un león con epidermis de caimán donde se embotaban lanzas y balas. El uno era la inteligencia que aplastaba; el otro, la fuerza aniquiladora. En la ciudad cerebral, en la hermosa ciudad, donde late el sagrado corazón de la patria, los corrillos de eternos descontentos aguardaban de una alborada a otra ver coronadas las alturas por aguerridos batallones. Todas las empresas y deberes se aplazaban para después del triunfo. Los deudores, los deudores veían en Chango Carpio y Sietecueros una tregua que los dejaba respirar. Los acreedores, un grato acrecimiento de intereses. Los matrimonios en ciernes, una hermosa esperanza.

A tales extremos llegaban en bocas de las gentes las aventuras de Chango Carpio, cuando en verdad él se encontraba en tan lastimoso estado que llevaba vida de fiera en los montes, ocultándose hasta de su misma sombra. A punto de ser acorralado por el hambre y las enfermedades, en un distante y amedrentado lugarejo, dados los buenos oficios del padre de almas, se entregó con todo su bagaje, la escopeta del cesterero, a las generosas e indulgentes garantías de la autoridad. Y estalló la bomba y toda aquella montaña de ensueños se disipó, como las nieblas del Ávila a los trashumantes soplos del viento de Catia.

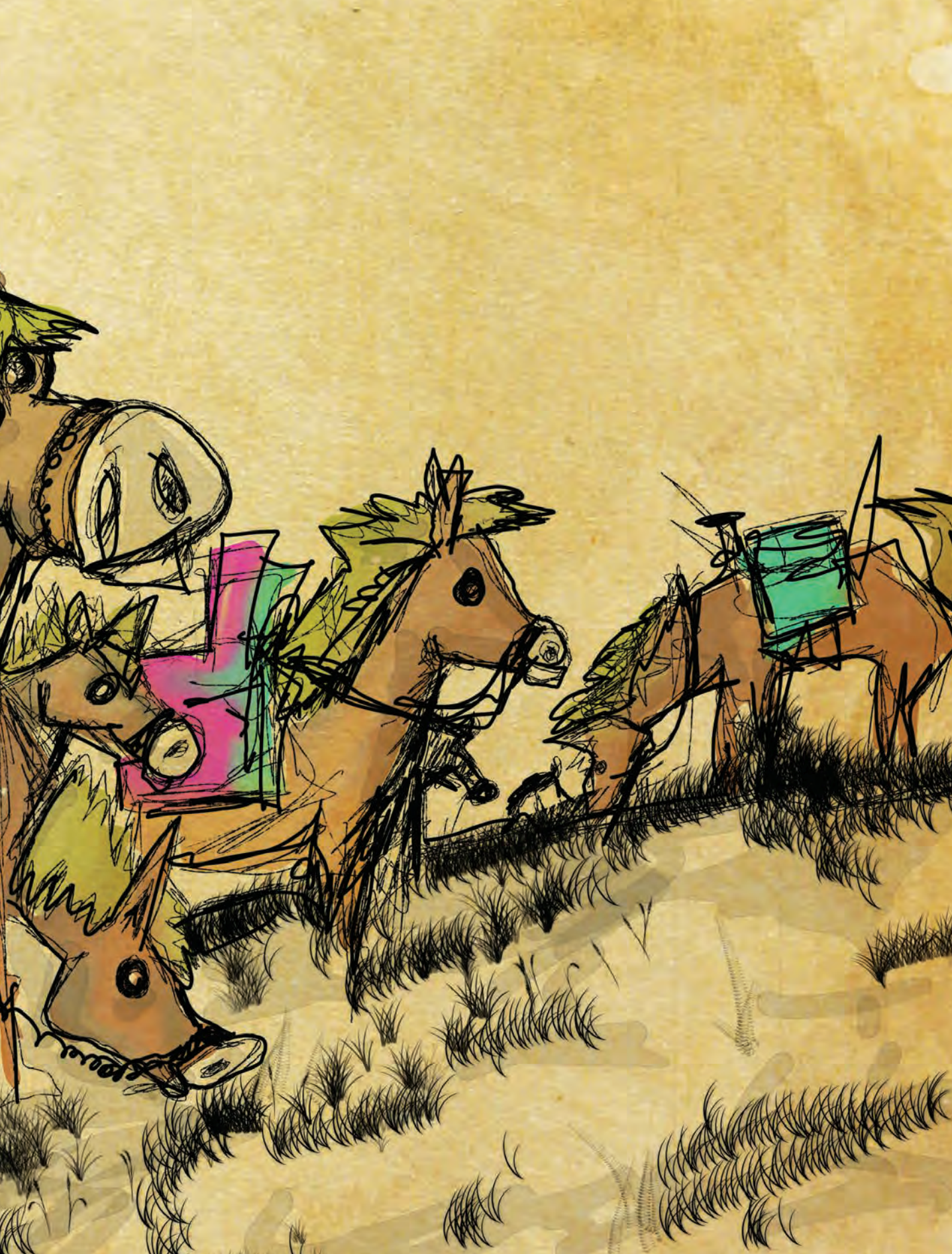
Como en el fondo de todas las murmuraciones hay alguna migaja de verdad, es el caso que andando los años, sea porque al pueblo le gusta acomodar el fin de sus héroes de un modo cónsono a la vida de estos, o sea una realidad, como es el

presumir, se corrió con mucha instancia entre las gentes el encontrarse el general Chango Carpio de comisario mayor en su aldea, donde todo marcha a tajos y reveses. Y Sietecueros, y en eso sí que no mienten, ejerciendo de recovero, es decir, comprando pollos y huevos para revender en campos y poblados, trajinando por los caminos con su garrote historiado sobre el hombro, de donde penden de un lado los pollos y del otro los huevos en un cesto, con que tropieza en su recova.

15 de enero de 1906









Pantaleón, el mulatero

Las espigas estaban maduras y currusqueante el envoltorio de las mazorcas. Las primeras cachapas eran tendidas en los budares renegridos y la alegría se entraba en los corazones como una abeja de oro en el seno de una flor.

En la placidez de las noches estrelladas y cálidas como rumores perdidos se percibía el quejumbreo de las arpas o la alegría saltante de las maracas, allí donde la mocería se dio cita para festejar las primicias del conuco.

¡Oh, hermosos días, bien los recuerdo! En la casa solar de la abuela se alborotaba la chiquillería, cuando en el patio enlajado se detenía el arria de las doce mulas, todas pardas, viejas y peludas, con su mulatero que sabía historias de las que pasan en los caminos. ¡Bien le veo, bien le veo! Siempre lleno de polvo hasta las cejas, con su larga camisola flotante hasta las rodillas, las piernas al aire, empegostadas de barro y las cotizas sujetas al pie con tiras de cuero crudo. Nunca olvidaré su mandador, apenas si podía alzarle por encima de mi cabeza. ¿Cómo olvidar a aquel mulatero, seco e hirsuto como un pastor del desierto, si con él llegaban los primeros jojotos y el sui géneris olor de las cachapas trascendía luego en la cocina y llenaba toda la casa?

Sentados en el corrido pretil de la amplia cocina, entre la servidumbre, ¡cómo volvíamos loco al viejo mulatero! En tropel nos disputábamos sus rodillas

por no perder una palabra mientras él refería los percances del camino. Sus historias a veces nos ponían los pelos de punta y no nos dejaban dormir, pues no faltaban en ellas almas en pena, luces que corrían por los caminales a esconderse en los mogotes, ladrones en las encrucijadas, venados encantados, tigres cebados, fantasmas, sombras, voces, quejumbres y los mil sustos y sinsabores a que está sujeto el andariego vivir de un mulatero.

Como nuestra curiosidad no se saciaba nunca, le asediábamos con nuestro estribillo:

—Cuéntanos, cuéntanos, Pantaleón.

Él, fatigado, nos decía no saber más historias.

Nosotros especificábamos:

—Cuéntanos, cuéntanos el caso del venado de las tres caramas. Cuéntanos, cuéntanos lo de la piara de Lucifer, cuando a fuerza de echar látigo se le gastó la sogá a su mandador.

En las hornallas chisporroteaban los carbones. En la fiebre de historias que nos dominaba, la cocina se llenaba de sombras. En el comedor sonaban los platos y la suave voz de mi madre llamaba:

—Niños, a comer. Ya tendrán tiempo para oír historias.

¡Cómo comíamos! Por entero nos atragantábamos los bocados, y cada cual escondía en los bolsillos lo que más le agradaba: el pedazo de torta o el trozo de jalea para obsequiar a nuestro buen amigo el mulatero.

Impacientes, nerviosos, nuestros pies golpeaban los travesaños de las sillas, en espera de que se levantaran los mayores de la mesa. ¡Qué angustia cuando el abuelo comenzaba a hablar! Rebrillaban nuestros ojitos, nos movíamos en los asientos, con tal desazón que nuestra madre nos imponía silencio con el índice sobre los labios.

A veces escapábamos y escurríamos a la cocina, donde Pantaleón, con gran parsimonia, se llevaba a la boca la cuchara bien colmada de negras y lustrosas caraotas. Aguardábamos en silencio a que nuestro amigo diera fin a su pausado masticar; y cuando su faz se ocultaba tras la ancha taza de guarapo, que empinaba sobre sus labios, nos abalanzábamos sobre él; ya era nuestro. Y el estribillo, como el tamborileo de las chicharras, reventaba en nuestras bocas:

—¡Cuéntanos, cuéntanos, Pantaleón!

Sacaba el mulatero del fondo de su sombrero un trozo de tabaco de mascar envuelto en papeles de estraza y, para más, resguardado por una piel de vejiga; le daba una dentellada y con gran pachorra y cuidado lo devolvía a su escondite.

Con la mascada en la boca sonreía satisfecho y, como siempre, comenzaba su diálogo con la cocinera, una negra vieja que a todos nos viera nacer y arrullara cuando algún recién llegado nos desheredaba del calorcillo materno. Entonces Juana pasaba las noches en vela, apretujándonos contra la abundancia de sus senos, monótono balanceo de la vieja mecedora de caoba, donde también arrullaran al abuelo.

Juana y Pantaleón estaban al corriente de la historia de la familia. Contaban de las bodas del abuelo y de las terquedades de la bisabuela. Tenían en la cabeza el nombre de todos los difuntos de la casa y las genialidades que les caracterizaban.

Pantaleón, dándole a la mascada:

—No se puede transitar por los caminos.

Juana, montando al fogón a sancochar el maíz para las cotidianas arepas:

—¿Siempre salen ladrones?

—Siempre salen.

—Pero tú, siempre con suerte.

—Con suerte y con maña.

—Tu vaquía y tus reliquias te salvan.

—Supón. Ya las piedras me hablan.

Interrumpíamos:

—¿No te encontraste con el tigre?



Exclama Juana:

—¡Dios te salve!

Observaba Pantaleón:

—A los cebados los mataron.

Inquiría Juana:

—¿Cómo van los sembrados?

—Si el agua no falta, habrá qué comer.

Juana:

—El año pasado se vinieron temprano los jojotos.

Pantaleón:

—Aún están en barba colorada.

Con la tarde, que era agua, se detuvieron las mulas embarrialadas hasta las narices en el patio enlajado. Las mulas humeaban y Pantaleón comenzó a descargarlas. Se había retardado tres días. En la casa andaban angustiados. El abuelo estaba inquieto. Juana por las noches encendía una vela, bajo el marco de piedra que sostenía los fogones de la espaciosa cocina de campana y horno, para que ningún mal aconteciese a Pantaleón. Al ruido de las mulas los chiquillos salimos al encuentro del mulatero. Todo él chorreaba agua y lodo. El abuelo, en bata con gorguera almidonada, asomó a la puerta de su dormitorio:

—¿Qué le pasó, Pantaleón?



Este, como descontento consigo:

—El agua, Don Javier. Se me iban a ahogar dos mulas. Desde que salí he venido navegando. La Maruzera habrá que dejarla. El cerro pelado quedó en el hueso, su tierra rodó a la quebrada.

El abuelo se retira al interior de su dormitorio, murmurando:

—Cinco onzas di para el camino. ¡Los bribones se las guardaron!

Pantaleón descargaba las mulas taciturno. Su trabajo en los días de percances nos parecía fastidioso y lento. Aquel arrollar de sogas y examinar los lomos a las bestias eran cosas de nunca acabar, acostumbrados como estábamos a su humor risueño; pues, cuando llegaba, traía el ánimo alegre con el contento de un turpial en la copa de un guamo florido. Se deshacía en frases cordiales y promesas de regalos, que si no eran cumplidas, mantenían por mucho tiempo nuestra esperanza. En son de ayuda poníamos a prueba su paciencia y se alborotaban las mulas, que a fuerza de viejas, eran tercas y mañosas. Mas él, con la agilidad de un mozo, se daba abasto y reía, como si un viento fresco y juguetón soplara en lo íntimo de su ser.

Cada mula poseía un nombre y una maña especial. Cuando nos atrevíamos demasiado con ellas, nos recordaba:

—¡Cuidado con la Careta, embiste como un toro! No le toquen las orejas a la Raimundera. ¡Los consigue con los dientes!



Pero los instantes más dichosos e inolvidables eran los de las tres o cuatro noches de su estadía. Nos rebelábamos de la costumbre de ir a la cama a las ocho, después del bendito. Andábamos como sombras, evitando hacer la menor bulla, para que nuestra madre no ordenara a Juana nos corriera de la cocina y a Pantaleón no nos contara más cuentos.

Entre las muchas cosas con que venían cargadas las mulas aquella vez, se contaba de sobornal un saco de jojotos, de los esperados jojotos por los cuales preguntáramos sin cesar, desde que supimos que quemadas las rozas por la Candelaria con el primer chubasco se sembraran los conucos. Y a pesar de la tristeza de Pantaleón, que a todos nos mantenía encogidos, corrimos a dar la buena nueva a Juana y en seguida a nuestra madre, a fin de que aquella procediese sin tardanza a tender en su budare unas cachapas doradas.

—¡Ay! —decíamos—, ¿como se pondrá el abuelo cuando estén oliendo las cachapas?

Nuestra madre reía y mandaba a ponerles anís y leche.

¡Qué jojotones aquellos! De mí sé decir que, al sacarlos del saco, semejábanse unos enanos con barbas.

Juana, seguida de nosotros, como una clueca por su pollada, se dio a rallar los jojotos. Con tal algazara esperábamos las deseadas cachapas que nuestra madre, por repetidas veces, se presentó en la cocina, temerosa de que el abuelo, amante de la paz

conventual, se incomodara y lanzara cuatro gritos, gritos que retumbaban en la casa como el ruido de una torre que se derrumba. Pantaleón, contaminado por nuestra irresistible jocundia, se aproximó a la mesa armado de un cuchillo con el cual para evitar el desperdicio de las hojas se puso a sacarlas como lo requería el objeto. Ante la piedra de moler, Juana convertía en fina masa los blancos, tiernos y jugosos granos, y al repasarla añadía pródiga la mantequilla danesa, el anís y el queso de Maracay, seco y compacto. Cuando la masa y los ingredientes formaron un todo, Juana alzó las manos ante el budare como una sacerdotisa de un mito primitivo, y abandonó sobre el barro que ardía la primera cachapa. Saltaban nuestros corazones de gozo, y el olorcillo de la masa que se cocía y doraba transcendía agitando las bocas.

Aquella noche, después de oír al abuelo alabar las cachapas y la habilidad de Juana en prepararlas según las viejas prácticas, nos escurrimos a la cocina, ansiosos de conocer las aventuras de aquel viaje de Pantaleón en el cual se le iban ahogando dos mulas y la Maruzera venía en tres patas.

Ya tenía entre los dientes, Pantaleón, la mascada de tabaco y dialogaba con Juana cuando nos presentamos.

Decía Pantaleón:

—No era tan grande la creciente, pero las condenadas mulas, por venir ramoneando, se me desperdigaron; cuando las creo todas del otro lado, veo que me faltan la puntera y la Chucuta. Me devuelvo y me las encuentro muy señoras escondidas en un cañaveral, las grito y, huyéndoles al mandador, se zampan en el río.

Se enmaleta la puntera y le cae encima a la Chucuta. Suponte, Juana, suponte, si no corro tan ligero, se ahogan con la carga. Y a todas estas, anocheciendo. Por más que hacían no lograban pararse, la carga se les había rodado a la barriga. Con el agua a la cintura, me puse a descargarlas. En esto sonaron unos tiros en el fondo del cañaveral. Salgo al camino con las mulas y se me viene encima un piquete de gente armada. Yo no sabía lo que era aquello. Me querían hacer preso. Les explicaba lo que me había sucedido, pero ellos me decían:

“Este es el hombre: cuando quiere se transforma en arriero, en lo que él desea, hasta en tronco quemado”.

Yo les gritaba:

“¡No soy sino Pantaleón, el mulatero de Don Javier!”.

Pero no me hacían caso. Querían pegarme una sogá y llevarme al pueblo.

Como yo no dejaba de gritar: “¡Soy Pantaleón, el mulatero de Don Javier!”., prendieron un cabo de vela y me lo pegaron a la cara. Me apuntaban con sus chopos y me veían con los ojos pelados.

Yo no dejaba de gritar:

“¡Soy Pantaleón, el mulatero de Don Javier!”.

Como todos me conocían en el camino, se cercioraron de que yo era Pantaleón, el Pantaleón que hace cincuenta años anda con las mulas del niño Javier.

Entonces cada uno me preguntaba:

“¿No has visto pasar un cachicamo?”.

“No, señor”.

“¿No has visto pasar un hombre corriendo?”.

“No, señor”.

“¿No te han deslumbrado los ojos de un venado?”.

“No, señor”.

“¿No has visto nada de particular?”.

“No, señor”.

Los hombres lo escudriñaban todo. En la orilla del río estaban las cargas de las mulas y las tapas encorotadas y las estuvieron viendo. Como perros que han perdido el rastro, así daban vueltas alrededor de mí. Yo comencé a cargar las mulas. No me atreví a preguntarles a quién buscaban. Ya se iban y la autoridad se me acercó y preguntó bajito:

“¿Tú conoces bien a Juan Ovejón?”.

Sentí que me entraba un frío. Los que rodeaban a la autoridad se volvieron para todos lados.

“Sí, lo conozco”.

La autoridad me dijo, y le daban los dientes con los dientes:

“Si lo encuentras en el camino, no le digas que nos has visto, y mándanos a avisar al pueblo, si puedes”.

Contesté con la cabeza, Juana. No quiero cuentas con Ovejón.

Juana también aprobó con la cabeza el parecer de su amigo. Yo con mis brazos casi ahogaba a Juana.

Pantaleón continuaba:

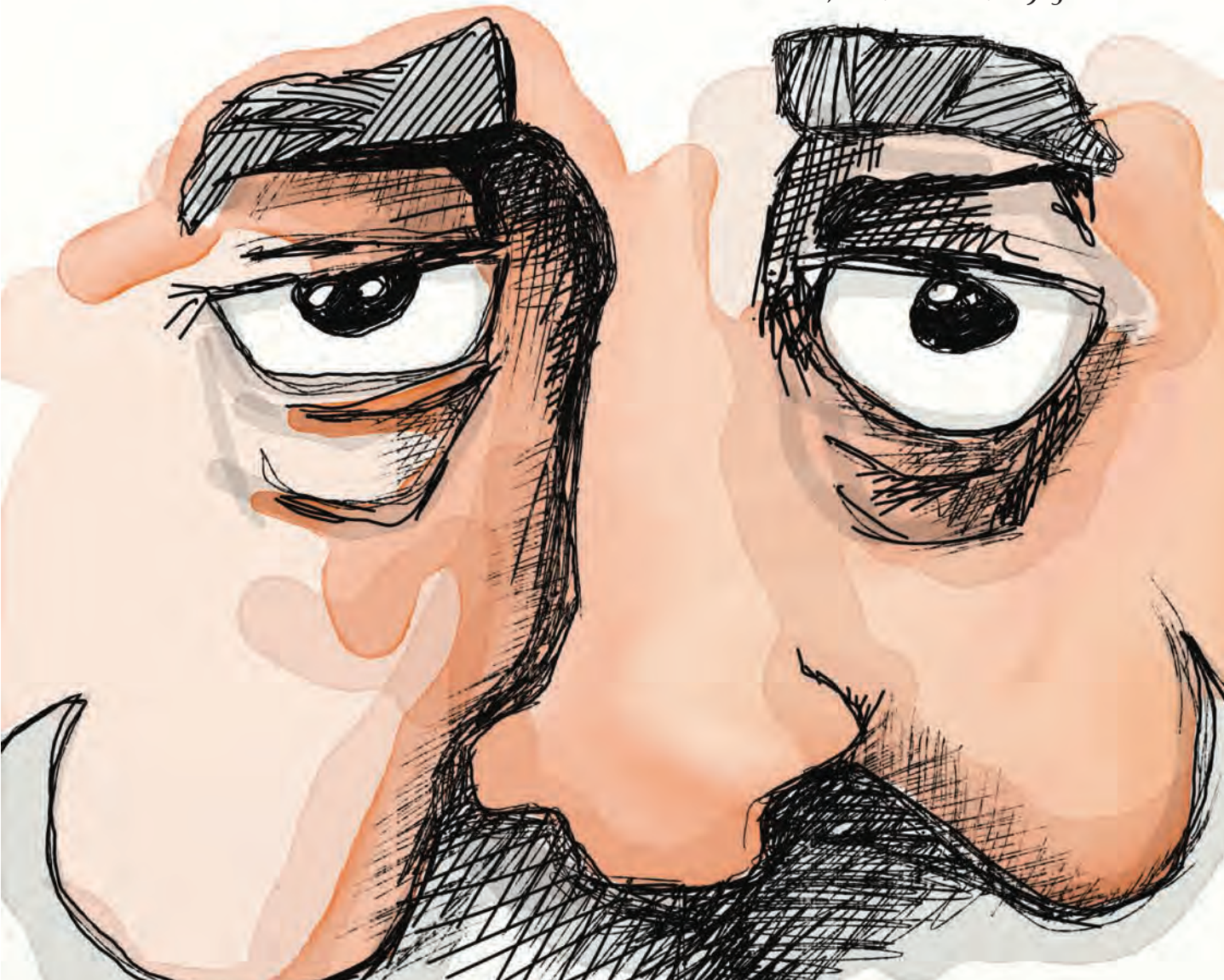
—Pero el caso, el caso, Juana, es que cuando a la Chucuta le voy a poner la taja, esta se endereza. Me echo para atrás, pensando si serán estas cosas del diablo.

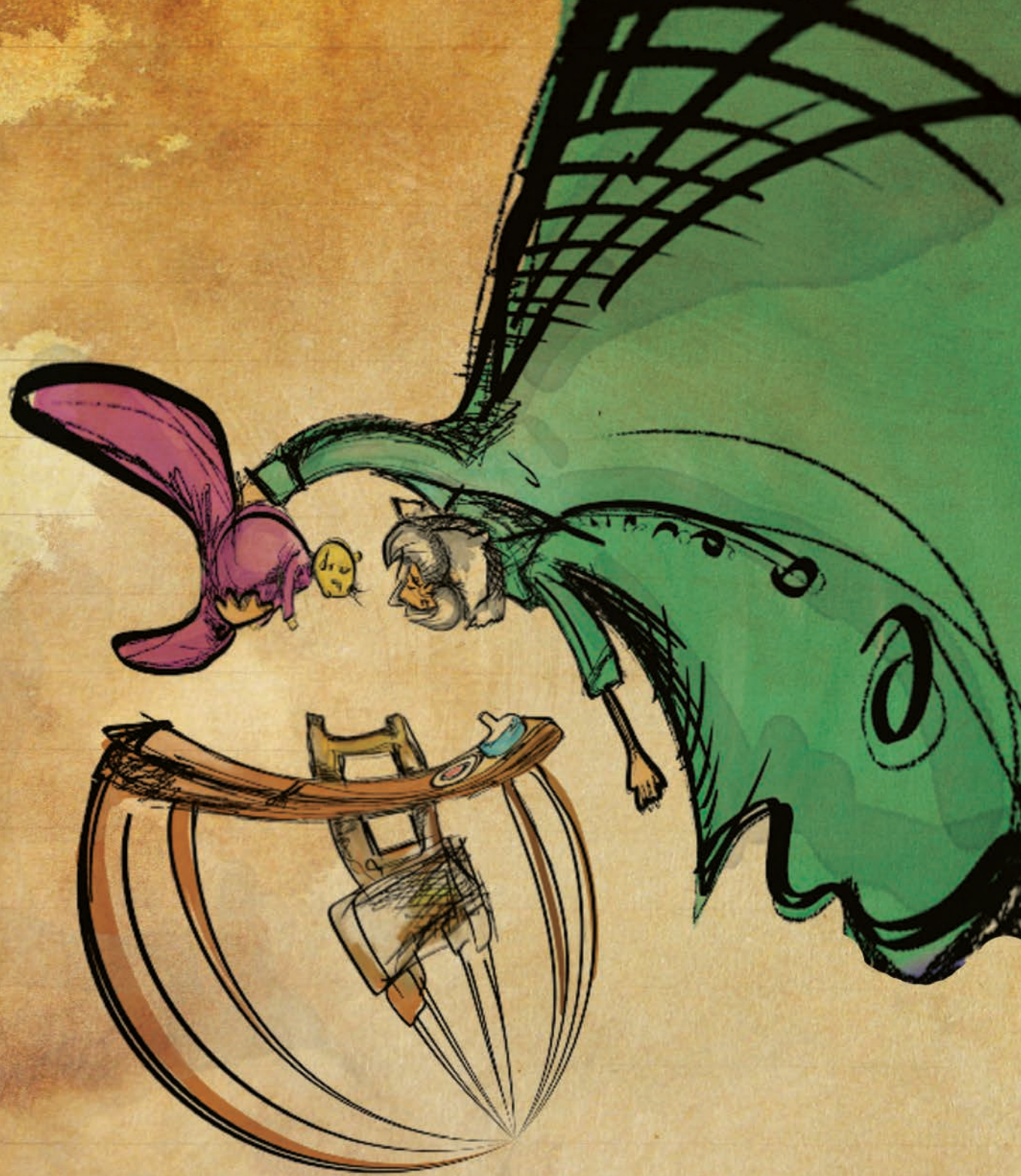
Y oigo una voz que me dice:

“No tengas miedo, Pantaleón, soy yo, Juan Ovejón”.

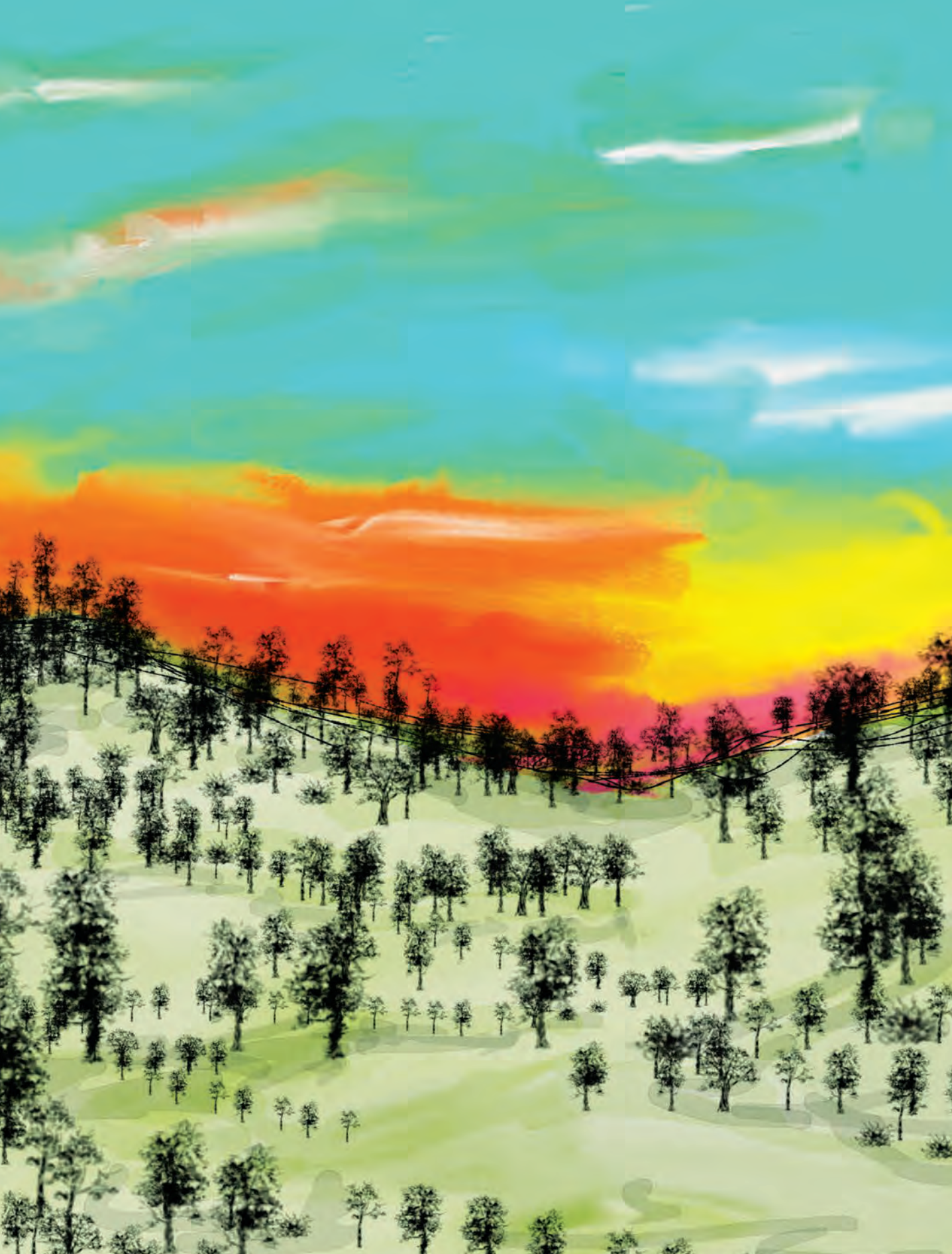
Suponte, Juana, las piernas me temblaban...

Caracas, 1.º de enero de 1915









Upa, Pantaleón, upa

¿Qué edad tendría? No lo recuerdo bien. Lo que sucedió se pierde en la nebulosa de los primeros años. Mis ojos, asombrados, se empeñaban en sorprender en la difusa lejanía de la cerrazón del sur, al caer de una tarde, los fogonazos de los combatientes que, según el decir de mis mayores, se disputaban el entrar en la ciudad a fuego y sangre.

El viejo Pantaleón, el mulatero, me suspendía por debajo de los brazos, encaramado sobre la vetusta mesa de la cocina, pegada a un muro del corral de la casona, desde donde otras muchas personas mayores, subidas a la mesa en sillas y cajones, contemplaban el tiroteo lejano.

Abrazado a las piernas de Pantaleón, gimoteaba impertinente porque me alzara hasta sus hombros, que se me figuraban altos como una torre, por ver aquello que los otros, con tan vivos colores, describían.

Desde la techumbre de la enramada, los tarajallos de mis primos excitaban mi curiosidad con sus entusiastas exclamaciones. Como andaban por las nubes y tenían ojos de lince, a cada instante gritaban:

—Miren, miren aquellos fogonazos.

—Ahora sí que se guindaron con fuerza.

—Es como el chisporrotear de una hornilla.

—¡Caramba! ¿Vieron la lumbrarada?

—Ese es el cañón.

—¡Escucha! ¡Pum! ¡Pum!

Gimoteaba con más fuerza, arañando las pantorrillas de Pantaleón.

—¡Upa, Pantaleoncito, upa!

El mulatero se empinaba para ver por encima de los hombros y cabezas de las personas mayores y de los amigos de la casa que atisbaban desde su improvisado mirador.

Vencido por mi impertinencia, Pantaleón me alzaba por debajo de mis brazos. Mis pies bailaban sobre sus hombros.

—¡Ve, pues, ve!

Mis ojos, en la opacidad del crepúsculo, apenas si se daban cuenta del inmenso reposo que con la hora descendía sobre la tierra.

—¿Ya viste?

—No, Pantaleón, yo no veo nada.

Mis primos, desde su atalaya:

—Miren, miren cómo los fuegos se van abriendo a la derecha.

Pantaleón, por ver lo que los otros cantaban:

—¿Viste, viste? Ya está bueno, pesas mucho.

—No veo nada, Pantaleón.

Me sentí descender. Los brazos del mulatero iban a abandonarme suavemente sobre la mesa; pataleaba en los aires; mis ojos, desmesuradamente abiertos, hacían un último esfuerzo:

—Pantaleón, Pantaleón, ¡yo no he visto nada!

El mulatero se alargaba sobre la punta de los pies y para tranquilizarme dejaba caer acariciante sus ásperos dedos sobre mis ensortijadas guedejas.

Plañía:

—¡No he visto nada!

Pantaleón, sin darse cuenta:

—¿Nada?

—Los zamuros que iban volando, volando.

Mis primos avizoraban y con gran aspaviento levantaban los brazos:

—¡Ahora, ahora, otra vez la lumbrarada!

Me agarraba a las piernas de Pantaleón:

—¡Upa! ¡Upa!

El mulatero volvía a suspenderme de nuevo unos instantes, pidiéndome que viera; pero al devolverme a la mesa, nada había visto, absolutamente nada, a no ser las chimeneas sobre los rojos tejados y a los zamuros que aquella tarde se mantenían flotando sobre el horizonte.

La puerta del corral se abrió violentamente y todas las personas encaramadas sobre la mesa se volvieron hacia ella alarmadas. Los fogonazos distantes sembraron en los ánimos el sobresalto.

Echado sobre el cuello de la mula, por no tropezar con la lumbré, se presentó en el corral el tío Manuel, aquel tío de profusa barba negra y ojos brillantes, y a quien no volví a ver más.

Había entrado a escape y se tiró al suelo de un salto, con gran gallardía.

El abuelo, los otros tíos y los amigos que con ellos estaban, exclamaron admirados:

—¡Manuel!

Él fue a echarles los brazos al cuello:

—¡Padre!

El abuelo, preocupado:

—¿Cómo es esto?

Manuel aflojaba la cincha de la mula:

—La palabra empenada.

El abuelo:

—Locura, locura.

Yo veía correr la sangre por los ijares de la mula sudorosa.

Pantaleón le quitaba el freno y la llevaba a beber.

En la enramada todos rodeaban a Manuel y hablaban en reserva:

—Se pelea.

—La revolución cuenta con mucha gente.

—Armas no le faltan.

—Está a las puertas de Caracas.

—Y en la ciudad no hay gente.

—La que queda no tiene ganas de pelear.

—Se espera una traición.

—Los cuarteles están vacíos.

El abuelo, moviendo la cabeza:

—¡Mentiras, mentiras!

El tío Manuel:

—El comité lo ha comunicado.

El abuelo:

—El eterno ensueño godo.

El tío Manuel, amoscado, suavizando la barba con sus manos de bronce:

—¡Veremos, veremos!

Los celos se arrugan y las cejas se enarcan. El diálogo queda en suspenso y las frentes en actitud mediativa.

Los primos comienzan a descender del tejado:

—Se apagaron los fuegos.

Siguiendo al abuelo y al tío Manuel, todas las personas mayores fueron a encerrarse en la sala con dos vueltas de llave.

Los primos en la cocina comentan en torno a Pantaleón, que pasa por la piedra de amolar su machete:

—Vendrá en una comisión.

—Es mucho hombre el tío Manuel.

—Eso de meterse a la ciudad, con el día, no lo hace sino él.

Pantaleón:

—Don Manuelito no se para en pelos. Lo que se le pone adelante lo lleva a cabo.

—Es guapazo.

—Fue de los ayudantes del general Páez.

Pantaleón, suspirando:

—Entonces sí que había hombres.

—Ahora todos son unos carrizos.

Pantaleón, amolando su machete:

—Y unos traidores.

—Tío Manuel dice que esto se acabará a balazos.

—El abuelo no cree en nada. Desea morir para no ver calamidades.

—¿Y nosotros?

—¡Para lo que sirves tú!

Los primos se iban a las manos. Pantaleón los puso en paz:



—Ahí está Don Manuelito. Con un grito todos se mean.

Algo extraordinario pasaba aquella noche en la casa.

Con gran sorpresa vimos al abuelo, envuelto en la capa y en la mano su estoque de puño de marfil, donde se retorcía una mujer desnuda, salir a la calle en compañía de otro señor embozado.

Unos a otros se preguntaban los primos:

—¿Adónde irá el abuelo?

—Nunca le sorprende la oración en la calle.

Los primos hablaban acaloradamente y en sus ojos húmedos y brillantes se mantenía viva una continua alarma.

Yo correteaba entre ellos y a cada instante me obligaban a guardar silencio.

El caserón en una semioscuridad tenía una lobretez sospechosa, y no me atrevía a aventurarme por los pasadizos.

Pantaleón había desaparecido de la cocina y fui a buscarlo al cuartucho que le servía de dormitorio. Me tumbaba el sueño y reclamaba sus rodillas y sus historiales.

Atravesé de una carrera el patio y llegué hasta aquella especie de zaguán, donde muchos cuartuchos estrechos y bajos daban a un patio angosto, en el cual se erguía con sus hojas carrasposas la higuera que

plantara la tía abuela Mónica. En una de aquellas viviendas, que en tiempos idos alojara a los esclavos, se albergaba Pantaleón.

No me sintió llegar. Sobre la cama tenía la capotera de hilo blanco y la cobija peluda. De espaldas a la puerta, muy cerca de la luz pegada a la pared, corría la baqueta a un fusil. No pude contenerme —siempre me encantaron los fusiles— y grité rebotando contento:

—¡Pantaleón, Pantaleón! ¿Cuándo compraste esa escopeta?

Pantaleón dio un salto. Y sus ojos rebrillaron como los de Pancho, el gato negro, cuando estaba a oscuras echado junto al fogón en la cocina.

No me contestó nada y siguió limpiando su fusil.

Uno de mis primos, desde el patio, le avisó que lo llamaban. Apagó la luz y me sacó en brazos de aquellas puras tinieblas.

Juana, la negra Juana, se apoderó de mí. Ponía gran empeño en dormirme. Yo alzaba a cada instante la cabeza sobre la abundancia de su regazo. El hablar de los primos y el sigilo que ponían en asomarse al pasadizo, en la semioscuridad que reinaba en la casona, avivaban mi curiosidad e inquietud. Me escurrí de aquellos brazos que me malcriaban y despabilado me entretuve en tirar de la cola al gato que runruneaba, rozando su lomo suave y magnético contra mis pantorrillas.

En un descuido, venciendo mi temor, pegado a la pared, me perdí por el lóbrego pasadizo que separaba el patio principal del segundo patio. Como

exprofeso, en aquel otro sitio de la casa también era escasa la luz. El fanal del corredor vertía una claridad agonizante. Solo por las rendijas del cuarto de enfrente, una pieza espaciosa que daba sobre el corredor de romanilla, se escapaban vivos hilos de luz. Adentro se percibía un murmullo de voces y ruidos, como de barras y otros objetos de hierro que se entrechocasen. Me aproximé a las rendijas. Mi cuerpo tiritaba. La vieja perra de caza Palmira me encaramaba sus gruesas patas en los hombros en su tenaz empeño de lamerme la cara. Hacía por quitármela de encima, repeliéndola con los brazos, y pegado a la puerta veía por las rendijas.

¿Qué vi?, ¿qué vi? Muchos hombres, muchos hombres. Unos hacían líos con cobijas; otros, en cuclillas ante una pila de pólvora, llenaban potes, busacas, taparas encabulladas y cachos. Los demás examinaban escopetas, escopetas como la de Pantaleón, de cañón largo y gatillo voluminoso. Casi todos tenían un trapo mugriento en la mano y las caras sucias.

En medio del cuarto se hallaba destapada una caja inmensa, cuadrada; y a medio sentar, en una de sus esquinas, el tío Manuel, con su faz de bronce y su barba negra, abundante y sedosa sobre el pecho ancho, hablaba con los otros y golpeaba con el tacón de su bota jacobina las tablas de la caja. La empuñadura de cobre de su machete, envuelto en una banda roja, llameaba sobre los interiores de seda de su capa que sobresalía a ambos lados de sus piernas. Palmira, la perra, me tiraba cariñosa de la blusa y comenzó a ladrar. Los hombres se volvían avizorados

hacia la puerta. Oí a tío Manuel llamar a Pantaleón. El mulatero, en quien no había reparado, se incorporó en su extremo de la pieza, donde un hombre, echado en el suelo y atado, se revolcaba. Mis pupilas dilatadas hacían por ver cuanto allí pasaba. Tuve miedo, miedo al tío Manuel, y me escurrí, seguido de Palmira que me tiraba por los fondillos.

Pantaleón venía hacia la puerta. En el pasadizo no sentí cuando me tomó en brazos. Juana, al recibirme de nuevo, me dio una nalgada. Me dormí llorando y cuando me desperté, aún murmuraba con los ojos abiertos:

—¡Upa, Pantaleón, upa!

Caracas, 1.º de febrero de 1915



Índice

Ovejón	11
Cascos de Oro	25
Las hazañas de Chango Carpio y Sietecueiros	33
Pantaleón, el mulatero	45
Upa, Pantaleón, upa	59



EDICIÓN DIGITAL
DICIEMBRE DE 2019
CARACAS, VENEZUELA.

LAS HAZAÑAS DE CHANGO CARPIO Y SIETECUEROS

Da título a la presente selección de cuentos de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, uno de los principales exponentes del criollismo en nuestro país. Chango Carpio y Sietecueros son los apodos de dos soldados desertores que viajan de regreso a sus aldeas de origen. En el camino se detienen en un solitario poblado a descansar de su larga faena. De pronto, frente a un patio lleno de gallinas, se transforman en generales, revolucionarios y estrategas temidos, luchando por la pureza de sus ideales. De esta forma, iniciarán su larga historia de aventuras, y su yunta resonará en todos los campos y caminos perdidos en las soledades venezolanas, como los más audaces guerreros de toda la historia.

LUIS MANUEL URBANEJA ACHELPOHL (CARACAS, 1875-1937)

Escritor, académico y político. En 1894 fundó junto a Pedro Emilio Coll la revista *Cosmópolis*. Colaboró asimismo en *El Cojo Ilustrado* con sus cuentos y artículos. En 1898 se alzó en armas en defensa del liberalismo representado por José “el Mocho” Hernández. Durante el gobierno de Cipriano Castro ocupó el cargo de fiscal de Instrucción Pública de Valencia. En 1919, en compañía de Alejandro Fernández García, fundó la revista *Alma Venezolana*, donde confluían sus ideas modernistas y su valoración del criollismo. Recibió en 1916 el primer premio en el Concurso de Novelas Americanas, con la novela *En este país*. Entre sus obras están: *La casa de las cuatro pencas*, *El criollismo en Venezuela* (volumen de cuentos) y el ensayo *El guacho y el llanero*.

DAVID DÁVILA (TÁRIBA, VENEZUELA, 1976)

Artista plástico, ilustrador, animador 3D, fotógrafo y poeta. Lleva más de quince años desempeñándose en el ámbito editorial y tiene en su haber una veintena de publicaciones. Miembro fundador de Nadie Nos Edita Editores (estado Táchira) y colaborador de diversas instituciones. Formó parte de la Fundación Editorial El perro y la rana durante casi una década.

